

PABLO DE FELIPE (coordinador/editor), *Ciencia y fe en diálogo*, Documentos Faraday, Fliedner ediciones, Madrid, volumen I (2011, 246 págs.), volumen II (2012, 260 págs.).

Estos dos volúmenes, editados en castellano y en inglés, recogen 16 documentos (ocho cada volumen) o pequeños artículos que abordan la relación entre la ciencia y la fe cristiana. Esta cuestión resulta no solo de actualidad en teología, sino de gran importancia de cara a presentar la fe de forma creíble para el mundo de hoy. Los autores de los documentos son todos del ámbito anglosajón, que es donde más se ha desarrollado este tipo de reflexión. Alguno es conocido por los lectores de lengua española, dado que alguno de sus libros está traducido. Estoy pensando en Jhon Polkinghorne, uno de los más eficaces dinamizadores del actual diálogo teología-ciencias.

Hay que agradecer a la Facultad de Teología SEUT (Seminario evangélico unido de teología) la difusión y traducción de estos documentos en España. Al hacerlo, han realizado no solo una importante tarea de difusión teológica, sino también una tarea ecuménica, porque precisamente en este campo de la reflexión, podemos encontrarnos sin ninguna dificultad las diferentes confesiones cristianas, y alejarnos de fundamentalismos que derivan en patologías religiosas o en cientifismos dogmáticos.

Dos ideas de fondo recorren estos documentos: una, los distintos planos con los que es posible y necesario acercarse a la realidad. Decir que el amor es una reacción química es una gran verdad; pero se convierte en una gran falsedad cuando decimos que «sólo» es una reacción química. En varios de los documentos de estos volúmenes se critica el reduccionismo científico con otro ejemplo: no somos más que un cúmulo de neuronas. Esto es tanto como decir que la revista en la que el lector está leyendo esta reseña no es más que carbono sobre celulosa. Pero sin negar lo del carbono, hay que añadir que una

buena aproximación a la realidad implica también preguntarse por la intención del editor de la revista y por las ideas que los autores pretenden transmitir con sus escritos que, evidentemente, están expresadas con tinta sobre papel.

La otra idea es la necesaria colaboración entre la fe y la ciencia. Una colaboración que va más allá del respeto mutuo, que puede ser una manera de guardar una educada distancia. Ciencia y religión son complementarias, pues la religión ofrece una serie de explicaciones sobre el valor y el significado de la vida, así como sobre lo que conviene o no conviene hacer, que van más allá de lo que puede decir la ciencia. Y la ciencia ofrece a la religión una serie de modelos culturales que pueden ayudarle a purificar su exposición; más aún, a comprender mejor los textos bíblicos. De hecho, lo que la ciencia cuestiona no es tanto la teología cristiana, sino un modo de interpretar la realidad. Ahora bien, en la medida en que estos modos caducos de interpretar la realidad siguen estando ligados a la reflexión teológica, es la teología la que resulta afectada.

Los documentos, recogidos en estos volúmenes, coordinados por Pablo de Felipe, doctor en bioquímica y biología molecular y responsable del Programa Ciencia y Fe del Seminario Evangélico Unido de Teología (con sede en El Escorial), ofrecen una buena panorámica del estado actual de la cuestión. El creyente tiene buenas razones para pensar que la tesis teísta es la que resulta más coherente con el mapa de lo real que la ciencia nos enseña a leer. Hasta ahí me parece que, como creyentes, podemos llegar. Pretender «probar» la presencia de un Dios diseñador a partir de la ciencia es tan inútil como pretender probar su no existencia a partir de la ciencia y declarar a la religión como una fantasía nacida del miedo o de la ignorancia. Dios no se prueba, pero se justifica y su afirmación es coherente con la realidad en la que nos movemos, realidad que la ciencia nos ayuda a conocer. La ciencia, lejos de ser un obstáculo para esta coherencia, es una gran ayuda.

MARTÍN GELABERT BALLESTER, OP